

CAMINO, NOMBRE DE CRISTO, PROFESIÓN DE VIVIR EN FRAY LUIS DE LEÓN

El anuncio del Primer Simposio Internacional del Pensamiento Iberoamericano sobre el conocimiento de las Escuelas de Salamanca y el Pensamiento Iberoamericano. Teoría y Praxis, me hizo invocar espontáneamente a una de las grandes cumbres de los maestros de Salamanca, en su esplendor del siglo XVI, y hacer pie en su obra principal *Los nombres de Cristo*¹, deteniéndome en un nombre donde el maestro salmantino ejerce sus dotes de teólogo escriturista y gran filósofo humanista del Renacimiento sobre el nombre de *Camino*.

A propósito de cada nombre, fray Luis ejerce sus métodos propios de la Modernidad, ateniéndose primero a los textos bíblicos, para su exégesis teológica, pero también maneja los textos clásicos latinos y griegos como son la presencia de Horacio, Virgilio y Platón, con precisión y elegancia, siendo él «la representación más armónica del Renacimiento Español»².

A este propósito comenta el historiador, ensayista y literato Ángel Valbuena Prat, a propósito de esta obra, acerca de la personalidad y los métodos luisianos y sus disquisiciones teológicas³: «En ellas, no sólo se agotan las posibilidades de los comentarios exegéticos de las Escrituras, sino que se intercalan citas clásicas y apreciaciones u opiniones personales. El modelo platónico está más en el perfil de las ideas y el estilo y arte, que en la técnica del diálogo mismo, que por ser menos dramático que en el autor del *Fedón*, o el *Banquete*, lleva a hacer pensar en los de Cicerón. Pero se hallan citas directas de Platón en pun-

1 Fray Luis de León, *Los nombres de Cristo* (ed. Cristóbal Cuevas), Madrid: Ed. Cátedra, 1986.

2 «Fray Luis, que como poeta figura entre las cinco o seis cumbres de la lírica en lengua castellana, es, como prosista, el autor más equilibrado, más clásico, más perfecto, poeta y prosista, la representación más armónica del Renacimiento español». Ángel Valbuena Prat, *Historia de la Literatura española*, 3 vols., I, p. 603. Barcelona: Gustavo Gili, 1953.

3 A. Valbuena Prat, *Historia de la Literatura española*, I, p. 601, Barcelona 1953.

tos muy concretos, como el de la superioridad de perfección de la ley viva sobre la ley formularia, en el libro primero, porque, como dice Platón, no es la mejor gobernación la de las leyes escritas, o el concepto de rey 'que ha de ser de pastor' —como Platón dice en el libro segundo— o la dirección de la voluntad 'hacia el fin último', en el *Segundo Alcibiades*.

Para precisar su modo de tratarlos en *De los nombres en general*⁴ determina:

«Mas conviene, antes que pasemos delante, que advirtamos primero que, así como Christo es Dios, así también tiene nombres que por su divinidad le convienen, unos propios de su persona y otros comunes a toda la Trinidad, pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora tocaremos en ellos, porque aquellos propiamente pertenecen a los nombres de Dios. Los nombres de Christo que dezimos agora son aquellos solos que convienen a Christo en quanto hombre, conforme a los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme a las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no os ofrece otra cosa, proseguid adelante». Y comienza nombrando los *nombres* para su dilucidación y debate. Presuponiendo como doctrina que «El nombre, si avemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser y verdadero que lo tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento.

Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una dellas tenga en sí a todas las otras, y en que, siendo una, sea todas quanto le fuera posible. Porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo. Y quanto más en esto creciere, tanto se allegará más a él haziéndosele semejante. La cual semejança es, si conviene decirlo así, el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas»⁵. Que puede completarse con el estudio que «Sobre la metafísica de la palabra en fray Luis de León», hace el hispanista filósofo de Toulouse, Alain Guy⁶, A. G. descubre entre los humanistas de la Modernidad cómo fray Luis de León eleva a primer rango de ocupación filosófica, en cuanto esclarecimiento del ser y de la creatividad humanas, su filosofía del nombre y su extraordinario lirismo⁷.

4 Fray Luis de León, «De los nombres en general», p. 170.

5 *Id.*, l. c., p. 155.

6 Alain Guy, *El pensamiento filosófico de fray Luis de León* (trad. R. Ibáñez Marín), Madrid: Rialp, 1960.

7 L. Jiménez Moreno, «El humanismo abierto de Alain Guy en sus filósofos españoles preferidos», hoja 7 (inédito), *Simposio en homenaje a Alain Guy*, ICE - Univ. de Barcelona 1989, 10-12 de mayo.

«Gracias a fray Luis, los nombres han adquirido derecho de ciudadanía en el campo de la filosofía», porque se trata de descubrir la palabra para el hombre en el todo, no ya sólo un *flatus vocis*, una sonoridad que se maneja, se transporta y se cultiva en aislamiento. «Con el maestro agustiniano, el conocimiento de la palabra toma una forma verdaderamente científica, sin volver la espalda al dominio de lo absoluto», puesto que «... con el problema de los nombres en general, el sabio de Tormes se eleva a cumbres filosóficas de un vivo interés. En este sentido, se le debe un auténtico renacimiento filosófico-ontológico».

Si gran parte de su obra literaria filosófica la construyó comentando la *Biblia*, de ahí encuentra la valía de *los nombres*, teniendo presente además los diálogos de Platón, en el pasaje campestre de La Flecha. Examina en todos sus aspectos catorce nombres que las Escrituras atribuyen a Cristo. En esa obra cumbre *Los nombres de Christo*, «se descubre una genial tentativa por asimilar todo el humanismo pagano y oriental incorporado al mensaje judeo-cristiano». Y busca en «los nombres» la clarificación y presencia de cuanto hay en su interconexión y estructura en los modos de acercarse a Dios, que el hombre puede conseguir mediante la palabra. 'Los nombres son, pues, imágenes de las cosas, representaciones de la realidad, que tienen como tarea permitirnos participar en todo lo que es nuestro. Las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento cuando las entendemos y cuando las nombramos en nuestras bocas y lenguas'.

No es ya el estudio filosófico del lenguaje, más allá de su estructura lingüística, que absorbió entonces la denominación de humanista, lo que llena a fray Luis de León, sino que Alain Guy, con emoción y entusiasmo, pone de manifiesto la realización humanizadora luisiana en su 'extraordinario lirismo', en la creación poética, en las joyas inmortales de fray Luis para la literatura universal.

El filósofo tolosano, estudiando a Fray Luis, se pregunta si la lírica 'se enlaza al conjunto de su pensamiento, si puede explicarse por elementos de este último y si constituye una prolongación original de la metafísica subyacente'. Como respuesta toma del poeta-filósofo la explicación: «... Dios inspiró la poesía en los ánimos de los hombres para, con el movimiento y espíritu de ella, levantarlos al cielo, de donde ella procede: porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino», a lo que añade el comentarista: «... es preciso restaurar la poesía a su pureza primera, y esto exigirá de los poetas renovadores la fundamental preocupación por el bien y la verdad».

Y comentando el nombre *Príncipe de la paz*, sienta como tesis el comentarista: «El alma de fray Luis estuvo siempre tensa hacia el bien supremo de la paz», porque descubre Alain Guy que «... en él, el concepto de paz envuelve una amplia significación: no tiene solamente un sentido político-social, ni encierra un simple matiz de reposo individual en la indolencia. La paz es, a sus ojos, el símbolo de la virtud y de la felicidad, mientras que la lucha es el vicio y la

desgracia. La investigación de la paz será, pues, esencial a la dialéctica luisiana y comprenderá también los aspectos propiamente místicos de este impulso teórico y moral extrañamente poderoso».

Donde aparece el modo de sugerencia para escudriñar los nombres de Cristo en fray Luis de León. De hecho, el autor tiene siempre una primera preocupación teológico-bíblica sobre la realidad divina encarnada en Cristo y escrutando las manifestaciones divinas en las Escrituras Sagradas, abriendo después el tema a proposiciones humanísticas y reflexiones filosóficas que afectan a todo hombre, y algunas pretendemos mostrarlas aquí a propósito del nombre *Camino*.

La primera cita bíblica es fuertemente sugerente tomada del Evangelio de san Juan ⁸: «Díjole Tomás: No sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí».

Aquí resalta la función de camino para ir al Padre, pero desde mis primeras lecturas me sorprendió cómo en el paralelo de Cristo, que él se denomina camino, verdad y vida; dos palabras camino y vida, aluden siempre al proceso, al dinamismo de ir haciéndose, algo inacabado, propio de cada viviente que no nace hecho, tiene que hacerse, y, sin embargo, la palabra *verdad* se ha presentado como algo absoluto, estático e invariable, que da seguridad precisamente porque no cambia y esta presentación nos hace pensar en la búsqueda de la verdad, cómo podemos lograr situarnos en la verdad, también en Cristo como verdad, que no deja de pedirnos tarea, inquisición, tratar de llegar, y queda también como reflexión abierta todavía para los teólogos. Puede esclarecer la cuestión, como dicen algunos que *verdad*, en hebreo, significa lo mismo que *fe*, palabra mucho más flexible.

Prosigue el autor con su comentario «provar que *camino* es nombre de Christo, pues él mismo se lo pone. Mas es necesario ver y entender la razón por que se le pone, y lo que nos quiso enseñar a nosotros llamándose a sí *camino* nuestro». Siguen nuevas alusiones a la Biblia con la palabra «camino» y primeramente a un nombre que él ha comentado «por el parentesco que este nombre tiene con el que acabamos de decir ahora —porque ser *Fazes* y ser *Camino* en una cierta razón es lo mismo—». Así podemos leer en el nombre «*Fazes de Dios*» del libro I^o: «También es llamado Christo *Fazes de Dios*, como parece en el salmo 88, que dice: «la misericordia y la verdad precederán tus faces» ⁹. Y dícelo porque con Christo nació la verdad y la justicia y la misericordia, como lo justifica Isaías, diciendo: *Y la justicia nacerá con él juntamente* ¹⁰. Y tam-

⁸ Juan, XIV, 5-8.

⁹ Ps 88, 15.

¹⁰ Is 45, 8.

bién el mismo David, cuando en el salmo 84, que es todo del advenimiento de Cristo, dice: «La misericordia y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra y la justicia miró desde el cielo. El Señor, por su parte, fue libertad, y la tierra, por la suya, respondió con buen fruto. La justicia va delante dél y pone en el camino sus pisadas»¹¹. Y continúa el autor: «... mas porque, demás de aquello, encierra este nombre otras muchas consideraciones en sí, será conveniente que particularmente digamos dél». Sobre lo cual habremos de sugerir en este breve estudio.

Otras sugerencias bíblicas las aporta fray Luis, ofreciéndonos consideraciones y sugerencias de Cristo, como *camino* para los hombres, y recurre a Isaías, que también trae el nombre *camino*, anunciando a Cristo y transformando la estabilidad y lo tenebroso en fertilidad y horizonte abierto¹²: «Él nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua de los mudos cantará gozosa. Brotarán aguas en el desierto y correrán arroyos por la soledad. La tierra seca se convertirá en estanque y el suelo árido en fuentes. Lo que fue morada y cubil de chacales se cubrirá de cañas y juncos, y habrá allí camino ancho, que llamarán la vía santa; nada impuro pasará por ella. Él mismo guiará al caminante, y los simples no se descarriarán». Se muestra la viveza, estímulo y valor del camino abierto frente a la soledad, la sequedad del desierto y lobreguez y amenazas de lo sombrío y amenazador. Por eso resalta la presencia de Cristo como camino por donde y guía que dirige a los descarriados.

Y no podemos por menos de traer la cita que aproxima el nombre de camino a la idea de vida en el Salmo 16, 11: «Por eso se alegra mi corazón y jubila mi alma, y aun mi carne se siente segura. Que no dejarás tú mi alma en el sepulcro, no dejarás que tu santo experimente la corrupción. Tú me enseñarás el camino de la vida, la hartura de tus bienes junto a ti, las eternas delicias junto a tu diestra». Haciendo constar lo positivo en los modos de ser y de actividad que documentan la vida como modos de ser que significa el camino de cada uno, como son en los modos de proceder, también aludidos en la Biblia, como normas de un príncipe bueno (Salmo 101, 1-2): «Quiero cantarte misericordia y justicia, ¡quiero cantarte a ti, oh misericordia y justicia!, ¡quiero cantarte a ti, oh Yavé!».

El camino de la vida lleva siempre la pretensión de realizar un proceso activo y vivo mientras uno se propone algo y tiene algo que hacer y entender, el camino de la rectitud. «Quiero entender el camino de los íntegros. ¿Cuándo vendrás a mí? Andaré yo en integridad de corazón en mi casa». El camino de

11 Ps 84, 11-14.

12 Is 35, 8-10.

la vida lleva siempre la pretensión de realizar un proceso activo y vivo mientras uno se propone algo y tiene algo que hacer con rectitud y ejerciendo la integridad de corazón en la propia casa, donde vale el camino interior realizando su vida.

Pero de gran relevancia es el otro aspecto que sugiere fray Luis acerca del nombre *Camino*: «... se llama en otra manera la profesión de vivir que escoge cada uno para sí mismo, y su intento y aquello que pretende o en la vida o en algún negocio particular, y lo pone como por blanco. Y en esta significación dice el salmo (36, 5): 'Descubre tu camino al Señor, y Él lo hará'. Que es decirnos David que pongamos nuestros intentos y pretensiones en los ojos y en las manos de Dios, poniendo en su providencia confiadamente el cuidado dellos, y que con esto quedemos seguros dél que los tomará a su cargo y les dará buen suceso». Considerando *camino* como algo que abarca las realizaciones humanas engrandecedoras, en unión con los demás, creando todo los modos humanizadores de la cultura.

La palabra camino ha sido de gran presencia en la tradición filosófica. Algunas sugerencias relevantes unidas a la vía ascendente del neoplatonismo, que une entendimiento y voluntad, saber y actuar, inteligencia y vida como en la gran obra de san Buenaventura: *Itinerarium mentis in Deum*, el camino de la mente hacia Dios, en todo caso como proceso del hombre en su saber y su vivir, que al mismo tiempo connota hacerse mediante el saber, en sentido neoplatónico, un proceso de ir haciéndose capacitado por los diferentes momentos. Según lo cual, el éxtasis no es un estado intelectual de conocimiento abstracto, sino un estado vital: es la unión viva del hombre con el Creador, mediante la cual el hombre puede participar en la vida de Dios y conocer su esencia.

También en la mística, el gran nombre de san Juan de la Cruz, *La subida del Monte Carmelo*, que cuenta con el camino como proceso ascendente que sigue los vericuetos del alma para superar las dificultades. «Toda la doctrina que entiende tratar en esta *Subida del Monte Carmelo* está incluido en las siguientes canciones, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios».

Vemos que son modos filosóficos maravillosos de explicar el camino que puede recorrerse en la vida y de modos mucho más distendidos en otros grandes escritores y pensadores, como puede ser la grandiosa novela alegórica *El Criticón* de Baltasar Gracián, siguiendo el recorrido de los dos peregrinos virtuales, Critilo y Andrenio, con su filosofía cortesana, «el curso de la vida en un discurso», donde se ven en paralelo las estaciones del año y las edades de la vida.

De gran interés, con su referencia a *camino*, puede resultar la vinculación de la misma con la pretensión de identidad y personalidad que proclama el vita-

lista Friedrich Nietzsche, cuando propone sus modos de proceder en *Así habló Zaratustra*, porque importa y preocupa la identidad y la personalidad como camino propio, el camino de cada uno en el conocimiento que verdaderamente le afecta, pues que «el camino», en general, no existe. La importancia del camino ha sido siempre algo determinado para la realización de una persona. Así lo podemos leer en Nietzsche, quien tan interesado estuvo en vivir y filosofar positivamente adherido a la vida¹³. «Yo llegué a mi verdad por caminos y modos diversos; no subí a la altura por una sola escalera hasta donde mi ojo se desvanece a lo lejos.

Con desagrado pregunté siempre por caminos —¡esto iba siempre contra mi gusto! Preferí preguntar y experimentar los caminos mismos.

Probar y preguntar fue todo mi caminar; —¡y, en verdad, también debe uno aprender a responder a tales preguntas! Pero así es mi gusto. —Ni bueno ni malo, sino mi gusto; de lo que no me avergüenzo ni lo oculto!

«Éste es ahora mi camino. ¿Dónde está el vuestro?». Pues así respondía yo a quienes me preguntaban 'por el camino': «¡El camino no existe!».

Son temas que se dan con frecuencia en filósofos contemporáneos con expresión poética, como la repetida expresión de Antonio Machado: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar», como tarea y el hacerse de cada uno en su vida.

Muy presente está también la noción de *camino* en el pensamiento vivo y sugerente del jesuita aragonés Baltasar Gracián (1601-1658), sobre todo en *El Criticón*, donde cuenta el peregrinaje de los dos caminantes virtuales, Critilo y Andrenio. Cuyo tema se introduce abiertamente en *El Discreto*, realce XXV: «Culta repartición de la vida de un discreto». «Mide su vida el sabio como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias es camino largo sin mesones, pues ¡qué si ha de pasar en compañía de Heráclito! La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta».

En los títulos de *El Criticón* así lo significa: *Parte Primera*: «En la Primavera de la niñez y en el estío de la juventud»; *Parte Segunda*: «Juiciosa cortesana filosofía. En el Otoño de la varonil edad»; y *Parte Tercera*: «En el Invierno de la vejez», que nos hacen pensar en el proceso de los distintos momentos y situaciones de la vida, pero ya lo anuncia en *El Discreto*, X: «Comienza la Primavera en la niñez alegre, tiernas flores en esperanzas frágiles. Síguese el Estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones. Entra después el deseado Otoño de

13 F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, IIIª, «El espíritu de pesadez», 2.

la varonil edad, coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el Invierno helado de la vejez; cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, yélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda, de dientes y cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. Desta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos».

Es una invitación para desgranar gustosamente la sabrosa narración del gran escritor recorriendo las situaciones que proporcionan las edades de la vida.

El Criticón alude con frecuencia a la doble vía de los caminos en la vida que conducen por la vía del vicio y de la virtud, con fortuna tan diferente y hasta en la Parte IIIª, crisis X, «Virtelia Encantada», recuerda: «Hallaron aquel áspero camino, que tan solitario se les había pintado, lleno de personas corriendo a porfía en busca della. Acudían de todos estados, sexos, edades, naciones y condiciones, hombres y mujeres; no digo ya los pobres, sino los ricos, hasta los magnates, que les causó extraña admiración». Y llegan las clarificaciones del varón lucido: «Éste, pues, varón lucido, esparciendo rayos de inteligencia, los comenzó a ganar a toda felicidad por el camino verdadero. Era muy agria la subida, sobre la dificultad de principio. Dio muestras de cansarse Andrenio y comenzó a desmayar, y tuvo luego muchos compañeros. Pidió que dejaran aquella empresa para otra ocasión». Y continúa el narrador: «¡Ea, resuélvete! Que harto mayores dificultades se topan en el camino ancho y cuesta abajo del vicio».

Me parece oportuno aludir también a la inmensa riqueza tan sugerente del filósofo del siglo xx, de la Filosofía concreta, como prefería llamar Gabriel Marcel a la Filosofía de la Existencia, cuando denomina *Homo viator* (1944). *El hombre caminante* a un libro suyo tan significativo y pone de relieve la importante mira en el camino, pues *Homo viator* se esclarece como prolegómenos a una *Metafísica de la esperanza*, y en *El misterio del ser*, conferencias de mayo de 1949 y 1950 en Aberdeen sobre su filosofía, vuelve insistentemente sobre la «vida» y la «esperanza».

Pedro Laín Entralgo encuentra gran atractivo para este asunto en la filosofía de Gabriel Marcel y así lo inicia en *La Espera y la Esperanza* ¹⁴. «El pensamiento de Marcel acerca del esperar humano no ha sido por él sistemáticamente expuesto. Fiel a su propio método —la ondulante descripción de la experiencia de sí mismo—, su autor lo ha ido expresando a lo largo de muy diversos escritos, desde que en 1913 comenzó a redactar su *Journal Métaphysique* hasta la publicación de *Le mystère de l'Être* (1951), el más denso y coherente de todos sus libros filosóficos. Sólo en la conferencia 'Esquisse d'une phénoménologie et d'une métaphysique de l'espérance' (1942), incluida en el volumen titulado

14 Pedro Laín Entralgo, *La Espera y la Esperanza*, p. 299, *Historia del esperar humano*, 3ª ed., Madrid: Rev. de Occidente, 1962.

Homo Viator, reúne Marcel una parte de sus intuiciones y conceptos en torno al fenómeno de esperar». Es de notar la atención tan intensa dada a la esperanza que supone siempre el recorrido, camino que uno pasa viviendo cuando mira con esperanza a dónde piensa llegar. Por lo que su expresivo título *Homo viator*, hombre caminante, se le añade el título «Prolegomènes a une Métaphysique de l'Ésperance», es el proceso de toda su vida que trata de esclarecer la realización vital desde la vivencia existencial hasta la trascendencia.

Pedro Laín, ateniéndose al *Homo viator* de G. Marcel, en *La Espera y la Esperanza*, comenta: «... la esperanza se refiere al ser y no al tener, que es misterio y no problema (HV, 47). 'Sólo los seres enteramente liberados de las ataduras de la posesión se hallan en disposición de conocer la divina ligereza de la esperanza' (HV, 62). Pero el hombre —en su *status viatoris*, al menos— no puede dejar de tener: 'tiene' su cuerpo, sus facultades, sus cualidades, sus virtudes, sus vicios. El matemático 'es', en cierto modo, su talento matemático, mas también, y sobre todo, lo 'tiene' y así los demás. Pues bien, si en el interior de nuestras habilidades y nuestros bienes seguimos viendo permeables a la esperanza, 'ello acontece a favor de las brechas y fisuras que subsisten en la armadura de haber que nos recubre' (HV, 83). Cuando en medio de lo que 'tengo' —riqueza o pobreza, talento o necesidad— descubro una chispa de lo que 'soy', comienzo a abrirme a la esperanza»¹⁵.

La alusión siempre al paso, a la mira en algo que se desea y se espera es una constante de gran estudio en *Homo viator*¹⁶ al hacerse de la persona: «Se ha dicho, a veces, en nuestros días: 'La persona es vocación'; en verdad si se restituye al término vocación el valor propio, que es ser una llamada. Por otra parte, no sería necesario engañarse aquí por una mitología. En efecto, depende de mí que esta llamada sea reconocida como llamada y, en este sentido, por singular que sea, es verdad decir que me lleva a la vez desde mí y de otra parte; o más bien tomamos en ella la conexión más íntima entre lo que es mío y lo que es de otro, conexión nutricia o constructiva que no puede disminuirse sin que el yo se vuelva anémico y se incline hacia la muerte».

Unos apuntes del filósofo francés pueden esclarecer su atenta intención de conexionar con la idea de camino el meditado estudio de *metafísica de la esperanza*. En sus referencias a la esperanza de *Homo viator*, escribe: «yo observaré solamente que esa dialéctica no parece abrirnos el camino de la esperanza; antes, por el contrario, corre el peligro de arrinconarnos en una angustia sin salida, hacernos prisioneros de una experiencia que nos aparta, oponiendo inevitablemente un dato y un recordatorio que, muy lejos de poder fundirse, están consa-

15 P. Laín, *l. c.*, pp. 309-310.

16 Gabriel Marcel, HV, pp. 28-29.

grados a desmentirse incansablemente uno de otro. Todo lo que uno tiene derecho a decir es que esta dialéctica tiene por resultado hacer saltar la situación fundamental con la que la esperanza tiene por misión responder como a una llamada de derrota. Pero se objetará, a pesar de todo, ¿no hay situaciones de las que parezca ausente lo trágico y que, sin embargo, de tal naturaleza que favorezcan y hasta susciten la entrada en juego de la esperanza? Se piensa, por ejemplo, en la mujer que espera un hijo y está literalmente llena de esperanza»¹⁷.

La esperanza —comenta Feliciano Blázquez¹⁸— se presenta como reacción contra toda desesperación. Desesperar es admitir que la vida carece de sentido. Quien espera, se parece más a un creador, a un inventor, que a un técnico. La esperanza no puede capitular ante la dificultad. Esperar es caminar con la íntima seguridad —enraizada en un 'orden trascendente'— de que cualesquiera que sean las apariencias y la intolerable situación en que me encuentre, ésta no puede ser definitiva»... Así, la esperanza tiene su fuente en lo Invisible. Conforme madura, además de irse produciendo en el interior una verdadera catarsis, capaz de afrontar el futuro sin caer en la desesperación, su expresión auténtica va dejando de ser la de 'yo espero que' para transformarse en un 'yo espero' absoluto, o 'yo espero en'. En todo acto de esperar hay una respuesta de la criatura al ser infinito». Y el propio Marcel afirma: «Yo espero en ti para nosotros: tal es, quizá, la expresión más adecuada y mejor elaborada del acto que el verbo esperar traduce de una manera confusa y disimulada» (HV, 71).

Su planteamiento adquiere fuerza cuando propone *El misterio del ser* como expresión en conferencias de sus logros filosóficos. «No carecía de motivos mi resolución primera de titular estas lecciones 'Investigación sobre la esencia de la realidad espiritual'. Un término como investigación es para mí de aquellos que designan más adecuadamente la marcha esencial de la Filosofía. Y ésta será, pienso, siempre más heurística que demostrativa, hablando con propiedad»¹⁹. Se propone, pues, «investigación», búsqueda, heurística, marcha o proceso.

Volviendo a *Camino de Los nombres de Cristo*, el mismo fray Luis concluye acentuando la confianza en la esperanza, en el camino para llegar a la perfección y la unión con Dios. Pero exige condiciones para andar por la vía ancha y recta, por el camino de perfección y tiene que recurrir a la libertad, a la justicia, que sólo se puede dar en los redimidos. «Que no somos redimidos por aver caminado primero, ni por los buenos pasos que dimos, ni venimos a la justicia por nuestros pies. No por las obras justas que hicimos, dice, sino

17 *Id.*, *Homo Viator, Prolégomènes à une Métaphysique de l'Espérance*, Paris: Aubier Montaigne, 1944.

18 Feliciano Blázquez, *Gabriel Marcel (1889-1973)*, p. 53, Madrid: Del Orto, 1995.

19 G. Marcel, *El misterio del ser*, introd., p. 13, Buenos Aires: Sudamericana, 1953.

según su misericordia nos hizo salvos (Sal 18, 9-10). Así que no nace nuestra redención de nuestro camino y merecimiento, sino, redimidos una vez, podemos caminar y merecer después, alentados con la virtud de aquel bien»²⁰.

Es la vinculación con Cristo la que capacita al hombre para caminar a su perfección en sus acciones humanas. No se abandona en esta obra la presencia de Cristo, hombre-Dios-redentor, confirmado con lo dicho en las Sagradas Escrituras, aludiendo al modo humano de obrar en libertad, con justicia para avanzar por el camino de perfección, pero habiendo sido redimidos no por méritos precisos.

Y lo justifica el autor diciendo: «De manera que si no caminan aquí sino aquellos a quien redime su deudo, clara cosa será que solamente caminan los redimidos por Cristo, el cual es deudo nuestro por parte de la naturaleza nuestra de que se vistió, y nos redime por serlo. Porque como hombre padeció por los hombres, y como hermano y cabeza dellos pagó, según todo derecho, lo que ellos devían, y nos rescató para sí como cosa que le pertenecíamos por sangre y linaje, como se dirá en su lugar»²¹.

Lo que propiamente se prometía a los judíos lo conseguirán cuando acepten la redención de Cristo y caminen tras sus huellas, reconociéndolo como Mesías. Fray Luis glosa ampliamente el comentario convencido de que algún día el pueblo judío aceptará la fe de Cristo, entrarán en la Iglesia y serán redimidos y salvos, que es la pretensión de la venida de Jesús. Se detiene ampliamente el autor comentando las Escrituras para confiar en la entrada de los judíos en la Iglesia. «Y señal cierta es que tiene en el pecho de Dios muy hondas raíces a queste querer, pues cortado, y al parecer seco, torna a brotar con tanta fuerza. De arte que Isaías llama *rescates* a los judíos, y a Dios le llama *Piadoso*, porque sola su no vencida piedad para con ellos, después de tantos rescates de Dios, y de tantas y tan malas pagas dellos, los tornará últimamente a llamar y, libres y ayuntados a los demás libertados que están agora en la Iglesia, los pondrá en el *camino* della y los guiará derechamente por él»²².

Admirables consideraciones sobre la redención de los judíos para que se salven viniendo al buen camino, una vez admitida la redención de Cristo, reconociéndolo como Mesías, entrarán en la Iglesia y «serán guiados por él para seguir el camino recto.

La síntesis final del nombre *camino*, que es Cristo para todo los fieles ciudadanos universalmente. «Mas ¿qué dichosa suerte y qué gozoso y bienaventurado viaje, adonde el *camino* es Cristo; y la guía dél es él mismo, y la guarda

20 Fray Luis de León, *Los nombres de Cristo*, p. 216.

21 *Id.*, *ibid.*, p. 218.

22 *Id.*, *ibid.*, p. 218.

y seguridad ni más ni menos es él, y adonde los que van por él son sus hechuras y rescatados suyos. Y así todos ellos son nobles y libres; libres, digo de los demonios, y rescatados de la culpa, y favorecidos contra sus reliquias, y defendidos de cualesquier acontecimientos malos, y alentados aal bien que la esperanza sola della les hace bien andantes en cierta manera. Y así concluye, diciendo (Is 35, 10): *Y vendrán a Sión con loores y alegría no precedera en sus cabezas; asirán del gozo y asirán del plazer, y huyrá dellos el gemido y el dolor*».

Que revela la significación de Cristo-camino: «Y por esta manera es llamado *Camino* Christo, según aquello que con propiedad significa, y no menos lo es según aquellas cosas que por semejanza son llamadas así. Porque si el camino de cada uno son, como dezíamos, las inclinaciones que tiene y aquello a que le lleva su propio juicio y su gusto, Christo, con gran verdad, es *camino* de Dios, porque es, como poco antes diximos, imagen viva suya y retrato verdadero de sus inclinaciones y condiciones todas, o por decirlo mejor, es como una ejecución y un poner por la obra todo aquello que a Dios le aplaze y agrada más. Y si es camino el fin y el propósito que se pone cada uno a sí mismo para enderezar sus obras, *camino* es sin duda Christo de Dios, pues, como dezíamos oy al principio, después de sí mismo Christo es el fin principal a quien Dios mira en todo cuanto produce».

Y concluye finalmente con la culminación de este nombre: «Y finalmente, ¿cómo no será Christo *camino* si se llama *camino* todo lo que es ley y regla y mandamiento que ordena y endereça la vida, pues es él solo la ley? Porque no solamente dize lo que avemos de obrar, mas obra lo que nos dice que obremos, y nos da fuerças para que obremos lo que nos dice. Y así, no manda solamente a la razón, sino hace en la voluntad ley de lo que manda y se lança en ella y, lançado allí, es su bien y su ley».

Es conveniente terminar con las últimas palabras de *El misterio del ser*, donde Gabriel Marcel, adherido a la creencia cristiana, une la esperanza de alcanzar la felicidad con Dios mediante el camino, el esfuerzo de los caminantes para llenar la vida con su creencia, con la luz divina del cristianismo. «Todo esto permanece más aquí de la revelación propiamente dicha y del dogma, pero al menos es una vía de aproximación, y como caminantes, como peregrinos, en el camino difícil y sembrado de obstáculos, tenemos la esperanza de ver brillar un día esa luz eterna que no ha dejado de alumbrarnos desde que estamos en el mundo, esa luz sin la cual podemos estar seguros, jamás nos hubiéramos puesto en camino».

LUIS JIMÉNEZ MORENO